

*Apostólica* del culto de la Virgen según las pinturas de las Catacumbas. Aquel testimonio viene á juntarse al de los Evangelios Apócrifos, para no permitir duda alguna acerca de la verdad histórica de este culto público, consecuencia inmediata del Evangelio de que dimana.

§. III.

*Liturgias antiguas.*

Hemos dado á conocer, por medio de citas, el lugar cedido á la Virgen Madre en estas Liturgias. Hemos abreviado otro tanto lo que tenemos que decir aquí.

I. Este tercer testimonio, confiado á sí mismo, pediría un largo estudio para volver á salir en toda su fuerza. Mas los dos testimonios precedentes (los Evangelios Apócrifos y las pinturas de las Catacumbas) se le adelantan en cierta manera para disminuirle esta tarea, ó por lo menos servirle de fundamento.

En efecto, en aquellas capillas subterráneas de las Catacumbas, ¿qué plegarias, qué alabanzas se debían proferir? ¿Qué memorias se debían celebrar? ¿Qué culto, en una palabra, qué liturgia se debía observar? Evidentemente, una liturgia que comprendiese la alabanza y la invocación de María, después de la adoración de Jesucristo y del culto del Dios supremo. Las imágenes que aun se ven en ellas lo dicen altamente. En efecto, aquellas imágenes son *litúrgicas*. Representan la Virgen en su ministerio de Madre, y al mismo tiempo en una actitud de intercesión, mostrando de esta manera á un tiempo el fundamento de su poder y el uso que de él hace á nuestro favor. ¿Y dónde están colocadas aquellas imágenes? En capillas, encima del mismo altar donde se consumaba el sacrificio y de donde se elevaban las plegarias. Evidentemente, esto es toda una liturgia del culto de María; liturgia muda que supone necesariamente, y hasta *á fortiori*, la liturgia hablada y cantada. En efecto, la imagen corporal es un revestimiento del pensamiento, menos espiritual que la

palabra. Y si el culto de veneración para con la Virgen María se traducía por imágenes, ¿cuánto más por plegarias y por votos! Aquellas imágenes suponen, por consiguiente, un culto litúrgico de honor y de invocación á la Madre de Dios.

Por otra parte, los Evangelios Apócrifos nos revelan las ideas y los sentimientos de que estaba animada la sociedad cristiana tocante á la Madre de Dios: eran los de la alabanza y de la invocación. Todo el *Proto-Evangelio de Santiago*, como igualmente la *Historia y el Evangelio de la Natividad*, manifiestan qué culto de admiración y de alabanza se fomentaba á favor de aquella á quien llamaban *la Madre de la Bendición*; de quien se decía que *ella causaría la admiración de todos los siglos venideros*, y cuya maravillosa concepción, inmaculada niñez, consagración tan generosa al Señor, vida tan santa en el templo y voto tan nuevo de virginidad, se complacían en referir. La relación de estos Evangelios de la Natividad y de la Presentación con las pinturas de las Catacumbas, ¿no queda manifestada por aquellos *Orantes* que llevan el nombre de *María*, y hasta la inscripción *María Virgo minister templi Jerusalem?*—Igualmente el Evangelio de la Infancia nos hace comprender fácilmente las invocaciones de los primeros cristianos á María, y nos hace ver por los milagros que en él se refieren, los auxilios que de ella esperaban.

«¡Oh Señora mía! ¡Ven á mi auxilio y ten piedad de mí! ¡Oh María! conozco que la virtud de Dios habita en tí, en tal manera, que tu Hijo dá salud á los niños en cuanto le han tocado.»—«¡Oh María! ¡Mira á mi hijo que sufre cruelmente! etc., etc.» Tales eran los sentimientos de los primeros cristianos en el curso de la vida, y que debían llevar al pie de los altares. Y cuando encima de aquellos altares vemos las representaciones de la Virgen Madre, reconocemos en ellas aquellos sentimientos en el culto regular de su objeto.

Las pinturas de las Catacumbas y los Evangelios Apócrifos se prestan de esta suerte mútuo testimonio. Los Apócrifos son el comentario de las pinturas, y las pinturas son la consagración de las creencias contenidas en los Apócrifos. En estos tenemos el sentimiento, en aquellas la fórmula plástica de su objeto.



Mas entre este sentimiento y este objeto debia hallarse un lenguaje consagrado que precisase y apurase estos sentimientos poniéndolos en relacion con su objeto, y este lenguaje es la *liturgia*. Los Apócrifos y las pinturas, rindiéndose recíproco testimonio, rinden por lo mismo un testimonio común á una liturgia contemporánea, es decir, apostólica. La implican virtualmente.

El que esta liturgia apostólica venga ahora á ser descubierta y que nos ofrezca consonancia perfecta con las pinturas y los Apócrifos, no nos admirará mas de lo que nos admiraría el descubrimiento de un hecho, cuya existencia estuviere ya demostrada por el razonamiento, y aquella demostracion racional que hubiera podido suplir este descubrimiento, le presta con mucha mas razon su apoyo contra las objeciones interesadas de aquellos cuyas preocupaciones hiere.

Así es como los Evangelios Apócrifos y las pinturas de las Catacumbas vendrán en caso necesario á prestar auxilio á las liturgias apostólicas en favor del culto de la Madre de Dios.

II. Mas estas liturgias se sostienen muy bien por sí mismas. Son las liturgias conocidas con los nombres de San Marcos, de Santiago ó de otro Apóstol, y que siempre han sido reputadas de origen apostólico.

La grande objecion que se levanta contra este antiguo origen, es que no han sido consignadas por escrito sino hácia el siglo quinto. El hecho es verdadero, mas la consecuencia es falsa. En efecto, *los mismos testimonios* que prueban que la liturgia no ha sido puesta por escrito en los primeros siglos, prueban tambien, que ha sido cuidadosamente conservada por tradicion en cada Iglesia. Este era un misterio que se queria ocultar á los paganos, y que se trasmitia por el uso diario y comun de los fieles unidos á sus pastores; el mas seguro y el mas infalible de todos los medios de conservacion, porque es múltiplo y uno. No hay que discurrir acerca de la autenticidad de estas liturgias, como acerca de una obra particular de un Padre ó de un Apóstol. Aprendidas de memoria y recitadas diariamente por los cristianos, constituyen el monumento de la creencia y de la práctica de una Iglesia entera, llevando la

autoridad, no solamente de un santo personaje, cualquiera que sea, si que tambien la sancion pública de una sociedad numerosa de pastores y de fieles que se ha servido constantemente de ellas. Es todo un pueblo que, por la forma de su culto y por las expresiones de su piedad, rinde testimonio de su creencia bajo el fuego de las persecuciones. ¿Qué importa desde entonces la fecha de su redaccion por escrito, si precedentemente y remontando hasta los Apóstoles, se las vé puestas diariamente en uso por Iglesias enteras? Los nombres de aquellos Apóstoles se les han dado legítimamente en testimonio de su origen apostólico. Ha sido natural llamar *liturgia de San Pedro* aquella de que se servian en la Iglesia de Antioquia; *liturgia de San Marcos*, aquella que era seguida en la Iglesia de Alejandria; *liturgia de Santiago*, la de Jerusalem, y así de las demás. No por eso se pretendia que aquellos distintos personajes las hubiesen realmente escrito, sino que venian de ellos por tradicion en las Iglesias que los mismos habian fundado.

Lo cierto es que la verdad de este origen y la fidelidad de esta transmision se hallaron atestiguadas de dos maneras á la época de su redaccion: material y moralmente. Materialmente, por la conformidad que se encontró, en cuanto al fondo, entre aquellas liturgias de las diferentes Iglesias del mundo; moralmente, por la notoriedad incontestada entonces de su origen apostólico. ¿Y qué testimonio mas decisivo de esta notoriedad que aquellas palabras del Papa San Celestino, que escribia, el año 428, á las Iglesias de las Galias? «Atendamos al sentido de las palabras sacerdotales que, *recibidas por tradicion de los Apóstoles en todo el mundo*, son de un uso uniforme en toda la Iglesia católica, y por la forma con que debemos rogar, aprended lo que debemos creer (1).»

Pues bien, en esas liturgias, cuya apostolicismo se halla así establecido, encontramos *conmemoraciones* de la Santísima Virgen de admirable uniformidad con las pinturas de las Catacumbas y con los sentimientos de veneracion y de confianza en María, que respiran en los Evangelios Apócrifos. «De

(1) Coleccion de D. Constant, Epíst. 95, 217, etc.



nuevo, y aun de nuevo, se dice en ellas, hagamos conmemoracion de la siempre Bienaventurada y preconizada por todas las generaciones de la tierra, Santa, Bendita, siempre Virgen María, Madre de Dios.»—«Acordaos de Ella, Señor Dios, y por sus plegarias, puras y santas, perdonadnos, tened piedad de nosotros, oidnos favorablemente.»—«Bendita sea María, y bendito sea el fruto que de ella salió.»—«Por las plegarias de la Madre de la vida, Madre de Dios, María, y las de todos los Santos, etc. (1)»

III. Mas aquí se nos presenta una objecion subsidiaria, y merece que la examinemos.

Verdad es, dicen, que leemos esos testimonios del culto de la Madre de Dios en las liturgias de que nos hablais. Tambien es verdad que esas liturgias pueden, y hasta deben considerarse como primitivas y apostólicas. ¿Mas no se ha podido, no se ha debido muy legitimamente, y sin alteracion, interpolar en ellas, de tiempo en tiempo, algunos términos destinados á profesar claramente la fé de la Iglesia contra los heréticos? La heregia Nestoriana, vencida en el concilio de Efeso, ¿no ha debido especialmente dar lugar á esas profesiones de fé litúrgicas, de fechas posteriores, concernientes al dogma de la Maternidad Divina de María, y no es de ese origen de donde han venido á reunirse y mezclarse en la corriente apostólica esas glorificaciones de la *Madre de Dios*?

Confesamos la verdad del hecho que sirve de base á esta observacion; pero negamos su fuerza contra el testimonio litúrgico del culto primitivo de la Santísima Virgen. El título de *Madre de Dios* dado á María, no data del concilio de Efeso. Se encuentra con la mas grande efusion de lenguaje, segun veremos, en los escritos de los Padres anteriores al siglo quinto, de San Juan Crisóstomo, de San Epifanio, de San Efrein, de San Atanasio y otros. Se sabe tambien que Juliano el Apóstata acusaba á los cristianos, porque sin cesar llamaban así á la Madre de Jesus: *Vos Mariam Deiparam vocare non ces-*

(1) Véase para estas citas y las otras nuestra *Esposicion litúrgica*, arriba, lib. II, cap. II, §. VIII.

*satis*; y finalmente, el levantamiento de todo el pueblo cuando un discípulo de Nestorio contestó por primera vez la legitimidad de este título, prueba que la devocion pública lo tenia adoptado. El hallarse este glorioso dictado en las liturgias apostólicas, puede pues muy bien sostener su antigüedad con relacion al Concilio de Efeso. Sin embargo, convengo en que, para protestar contra la heregia Nestoriana, es probable que en la época de este concilio, se formulase mas claramente y con mas frecuencia en las liturgias el dogma de la divina Maternidad. Mas á eso se reduce todo. Deducir de ello que todo lo que es conmemoracion, elogio, invocacion de la Virgen en las liturgias data igualmente de dicha época, es talmente abusivo, en tal manera contrario al contesto general de las liturgias, á los otros testimonios del culto primitivo de María, que hemos encajado ya, y á aquellos mas importantes aun que reservamos para el próximo capítulo, que no se puede sostener.

Fuera de ello, tenemos un argumento que corta la dificultad. Tal es el sacado de la liturgia de los mismos Nestorianos, pues se dice que se introdujo contra ellos la alabanza é invocacion de María en las liturgias apostólicas. Es cierto que los Nestorianos no han podido inscribir su propia condenacion en su liturgia, y así, el título de *Madre de Dios* no se dá en ella á María, ó ha sido suprimido de ella; y eso prueba que en este punto están del todo separados de la Iglesia. Y si no obstante han conservado, salvo este dictado, todo lo que constituye el culto de María en la liturgia apostólica, la objecion sacada de la interpolacion de este culto posterior al Concilio de Efeso, cae ante este hecho. Así es que los Nestorianos en su liturgia, que llaman de *los Bienaventurados Apóstoles*, han *continuado* en honrar á María con un culto de invocacion de los mas patéticos. «Madre de Nuestro Señor, dice en ella el Sacerdote, rogad por mí al Hijo único que ha nacido de vos, para que me perdone mis faltas y pecados, y para que reciba de mis débiles y pecadoras manos este sacrificio que mi debilidad ofrece sobre este altar por vuestra intercesion en mi favor. ¡Oh Madre



Santa (1)». Y en sus libros de rezo tienen numerosos himnos á la Madre de Cristo. Tan verdad es, en principio, que «cuanto se diga de mas exagerado, como dice Bayle, tocante á María, se deduce naturalmente, hasta de la sola calidad de Madre de Jesucristo, conforme queria Nestorio.» ;Tan cierto es, en hecho, que este culto de María, anterior al Concilio de Efeso, y conservado por los Nestorianos, á pesar de la profunda escision que los separó de la Iglesia, encuentra, en esa escision misma, á cuya prueba resistió, el mas fuerte testimonio de la antigüedad Apostólica, á la cual le hacen remontar heréticos y ortodoxos!

Así es que el testimonio litúrgico se sostiene por sí mismo. Sin embargo, recibe del doble testimonio de las pinturas de las Catacumbas y de los Evangelios Apócrifos un apoyo que él les devuelve, para formar con ellos un triple é indestructible testimonio histórico de la antigüedad primitiva y apostólica del culto de la Madre de Dios.

Empero tenemos que desarrollar un título mas victorioso aun, el de los escritos y combates de la Iglesia de los tres primeros siglos, y de la parte gloriosa que tomó la Virgen-Madre en el laborioso nacimiento de nuestra fé.

(1) RENAUDOT, *Commentarium ad Liturgiam Goplicam*, p. 235, t. 1.º de su coleccion de Liturgias Orientales.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## TABLA

DE MATERIAS DE ESTE TOMO.

	Páginas.
PREFACIO. . . . .	10
PRÓLOGO. . . . .	19
LIBRO PRIMERO. ESPOSICION TEÓRICA DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.— <i>Honor.—Imitacion.—Invocacion.</i>	
CAPITULO PRIMERO. Honor proporcional debido á la criatura santificada por Jesucristo. . . . .	28
CAP. II. Honor debido á la Santísima Virgen, con relacion al culto supremo que solo se debe á Dios. . . . .	31
§. I. El culto religioso se limita á Dios y comprende á Jesucristo. . . . .	id.
§. II. A la Santísima Virgen se debe un culto de honor, en comun con todos los Santos. . . . .	37
§. III. A la Santísima Virgen se debe un culto superior al de todos los Santos y todas las criaturas. . . . .	59
CAP. III. Culto de Imitacion. . . . .	77
CAP. IV. Culto de Invocacion. . . . .	88
§. I. De la intercesion de los Santos. . . . .	id.
§. II. De la cooperacion de los Santos. . . . .	101
§. III. Respuesta á las objeciones concernientes á la comunicacion de los Santos del cielo con los fieles de la tierra. . . . .	105
§. IV. Aplicacion de esta doctrina á la Santísima Virgen. . . . .	117
CAP. V. Resumen de esta primera esposicion.—Conclusion en respuesta á una antigua objeccion renovada en nuestros dias. . . . .	128
LIBRO SEGUNDO. ESPOSICION LITÚRGICA DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.— <i>Oraciones.—Misa.—Festividades.—Prácticas.—Devociones.</i>	
CAPITULO PRIMERO. Oraciones generales y usuales; Credo, Padre Nuestro, Ave Maria, Confiteor, Letanias. . . . .	146
CAP. II. La Misa. . . . .	168
CAP. III. Oficios. . . . .	181
§. I. Oficio general. . . . .	id.
§. II. Oficios especiales. Oficio del Sábado. . . . .	188
§. III. Oficio parvo de la Santísima Virgen. . . . .	196